

ALEXANDRA
CÁRDENAS



La lógica
de los loros

ALEXANDRA
CÁRDENAS

La lógica
de los loros

EDICIONES KIWI, 2022
Publicado por Ediciones Kiwi S.L.



EDICIONES**KIWI**

Primera edición, octubre 2022
IMPRESO EN LA UE

ISBN: 978-84-19147-24-0
Depósito Legal: CS 713-2022
Copyright © 2022 Alexandra Cárdenas
Copyright © de la cubierta: Borja Puig
Copyright © de la foto de cubierta: shutterstock
Corrección: Merche Diolch

Copyright © 2022 Ediciones Kiwi S.L.
www.edicioneskiwi.com

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

NOTA DEL EDITOR

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

*Para los que después de querer,
aprendimos a echar de menos.
Para Lorenzo,
que le da sentido a la lógica de los loros.*

PRÓLOGO

No dudamos en quejarnos cuando la vida nos quita. Cuando se lleva sin permiso, sin pedirlo; arrolla y arrebatata. Sin esperarlo.

Seguimos quejándonos a raíz de ese vacío que nos deja, por mucho que tratemos de llenarlo con lo que sea, como se pueda. Tratar de remendar un agujero, con parches, es más complicado si es la primera vez que nos enfrentamos a ello. Porque no sabemos cómo empezar. Por dónde cortar y pegar. Qué coser.

No solemos quejarnos cuando la vida nos da. Solo cuando nos quita.

Pero cuando te rompe, y al mismo tiempo, trata de recomponerte con algo que no has buscado, ni pedido... ¿Cómo has de sentirte?

Hay agujeros, rotos por todas partes. Estrías en la piel que me recuerdan una batalla que me pesa y oprime; que me llena el pecho de pena y angustia. Y de un sentimiento agridulce que no sé reconocer. Ni encajar.

Algo que me empuja a huir.

Y eso es justo lo que hago.

Porque no sé hacerme grande.

Me hago pequeña para poder desaparecer.

«Cuanto más me gustaba alguien, más tiempo desaparecía.
Hasta que me enamoré apasionadamente
y ya no volví a aparecer».

Mathias Malzieu,
El beso más pequeño

CAPÍTULO 1

Tenía la piel marcada con el mismo tatuaje que él.

El mismo trébol redondeado de tres hojas.

No tardé en desviar la mirada hacia la ventanilla del vagón, donde se sucedían los primeros edificios metalizados, recubiertos de cristales. La cabina temblaba enloquecida y los pasajeros, pegados los unos a los otros por la falta de espacio, luchábamos por algo de aire que robarnos.

Tras un minuto contando siluetas de acero, volví a mirarlo pese a haberme propuesto dejar de hacerlo. Pero, antes de que pudiera seguir haciéndome preguntas, se descolgó de la barra de la cabina, quedando su muñeca fuera de mi alcance, y se preparó para bajarse en la siguiente parada. La gente, nerviosa, se agolpó todo lo que pudo junto a la puerta más cercana de salida. Yo me encontraba atrapada entre dos señoras mayores que se habían pasado con los polvos y la colonia barata, y un artista callejero que ya me saludaba todos los días desde que tenía que bajarme en Westminster.

Seguí al extraño del trébol en la muñeca con la mirada hasta que la multitud lo escondió, siendo imposible seguirle el rastro.

—¿Hoy no trabajas?

Con una ceja enarcada y los labios torcidos en una mueca divertida, el muchacho que siempre me cedía el paso antes de bajar

del transporte, me hizo un gesto de cabeza indicando vía libre hacia el andén.

Acepté su mano para bajar, y, nada más poner un pie en tierra, las puertas del vagón se cerraron de golpe a mi espalda.

—Qué más quisiera —le respondí, agradecida.

Me guiñó un ojo, se aseguró la correa de su guitarra al hombro y se despidió de mí con un asentimiento de cabeza.

Así era Londres: solía devolver sonrisas.

Por quedarme parada unos segundos más en el andén, la avalancha matutina de trabajadores y sus enormes cafés, me absorbió, lanzándome en todas las direcciones. Eso me pasaba por perder todos los días el mismo metro desde Notting Hill.

Ayudándome con los codos, y recibiendo a cambio protestas o algunas disculpas, conseguí llegar al exterior. La abadía de Westminster me recibió como cada mañana, cargada hasta sus topes de los turistas más aventureros y madrugadores, deportistas con sus mallas térmicas y sus pulseras digitales corriendo por el paseo del Támesis, y los coches más negros y brillantes de la historia.

Me desvié hacia la izquierda, rezando para que en cuanto llegara a la oficina, alguien me pidiera un café caliente cargado, y así, pudiera entretenerme con mi desayuno.

Aprisa, me encaminé por el camino de los *runners* que jugaban a esquivarme, cuando el móvil empezó a vibrar enloquecido en el bolsillo del abrigo.

Tuve que debatirme entre congelarme la mano o coger la llamada. Asustada porque fuera mi jefe, decidí hacer lo segundo.

—¿Sabes que has vuelto a dejarte el desayuno en casa?

Resoplé de alivio al reconocer aquella voz de difícil acento europeo.

—Sí, lo sé. Y mi estómago también.

—¿Para qué me esmero en preparar comida caliente si siempre la olvidas?

—Lo siento —me disculpé. La escuché carraspear en su rara lengua materna y se me secó la garganta—. Venga, Polo, no te ca-brees. Mañana ya no se me olvida.

—Más te vale, o no volveré a prepararte nada. Muérete de hambre otro día más.

—Yo también te quiero.

—No he dicho que te quiera —replicó muy seria, haciendo que hasta la propia línea temblara.

—Madre mía, ¡qué mal se ha levantado la checa! —mascullé en voz alta.

—No uses mi nacionalidad como insulto, porque no te va a valer de nada —rio, antes de colgar.

En la oficina, como todos los inicios de semana, tuve que esquivar a decenas de madres con sus hijos repeinados y vestidos como recién salidos de uno de los más prestigiosos colegios británicos, mientras intentaba acceder al piso donde me esperaban mi escritorio y mis cosas.

Antes de poder siquiera dejar el bolso y desabotonarme el primer botón del abrigo, apareció la hija de mi jefe en sus tacones altos y con su falda de tubo, pese a que fuera estábamos a dos grados, con alerta de lluvia. Me estremecí de pies a cabeza por el frío.

—Vaya, hoy has venido tres minutos antes. ¡Felicidades, Sana!

—Es Siena —repliqué en mi ya recurrente tono neutro.

—¡Eso! —exclamó lanzando dos sobres grandes sobre mi escritorio—. Perdona, soy malísima con los nombres.

—Me di cuenta el año pasado, Centella —le sonreí, pero no hizo falta disimular la maldad del comentario; ni siquiera lo pilló.

—Me encanta cómo pronuncias mi nombre, se nota que te impone —dijo con mirada risueña, paseando la vista entre mis cosas de la mesa. Me mordí la lengua con la mejor de mis sonrisas.

—Sí, sí, me impone muchísimo. —Asentí.

—Seguro que no solo te impone mi nombre —dejó caer, girando sobre sí misma para que la viera—. ¿Te gusta? —Señaló su nuevo modelito, el típico de la blusa transparente y la falda repegada que valían más que mi alquiler compartido.

—Me encanta. —Lo triste era que me encantaba de verdad, y le quedaba de miedo.

Me dejé caer en la silla giratoria tratando de esquivarla, para no escupirle en la cara.

—Vaya, me encantan los inicios de semana de *castings*.

—Pues yo los odio. No soporto a tanto crío chillando y poniendo patas arriba el estudio. Ya le he dicho a mi padre que podría prescindir de ellos.

Me llevé una mano a la frente tratando de tranquilizarme.

—Centella, ¿sabes que hacemos publicidad?

—Claro que sí, pero los niños han pasado a otro plano —masculló, meneando la cabeza al mismo tiempo que su muñeca despectiva. Hizo una mueca al ver a uno de los pequeños repeinados pasar por la puerta que había cerca de mi espalda.

—Hacemos publicidad infantil —remarqué.

—Ojalá papá cambie esto ya —replicó sin mirarme—. O si no, dejaré de venir los días de audición —resolvió con la mano en la frente. Se sentó en la silla delante de la mía y me ayudó a abrir los sobres—. Ser hija del jefe es mucha responsabilidad. Me dejo la piel en esta empresa.

En la próxima audición para adultos que hiciéramos pensaba presentarme porque la forma en la que tenía que actuar delante de la hija de mi jefe era propio de un óscar. Todo para contentarla y que el pez gordo pensara que mi puesto valía la pena. Aunque lo cierto era que el jefe no era tan canalla como su hija.

—Te tienen muy poco valorada —asentí, siguiéndole el juego. Me cogió de las manos, mostrando su entusiasmo ante mi comentario.

—¡Menos mal que me entiendes, Sana!

—Es Siena —le repetí, como todos los días desde hacía dos años—. Siena Gardner.

—Eso, eso.

No se fue hasta que le entró hambre y ni siquiera se ofreció a traerme un mísero café.

Resoplé cuando por fin me dejó sola y pude centrarme en responder los más de cincuenta mensajes que se multiplicaban en la

pantalla del ordenador. Aunque ese fuese el trabajo principal de la niña de treinta años.

Tan absorta como estaba, no me di cuenta de que mi móvil había comenzado a sonar. Alguien se entretenía en mandarme mensajes para aburrirme.

Fue Centella la que, a su vuelta, metió la mano en mi bolso y lo sacó sin pestañear.

—¿Eco? ¿Quién es? ¿Tienes un ligue y no me lo has contado?

—Bebió de su café con tranquilidad sin dejar de mirar la pantalla de mi móvil.

Al escuchar aquel nombre de sus labios, me petrifiqué de tal manera, que fui incapaz de reaccionar hasta pasados unos segundos. No logré respirar cuando le quité el teléfono de las manos y, temblando, me lo llevé a la espalda.

—Ey, no me has contestado. —Por la cara que tuve que poner, pareció preocuparse de verdad. Se puso a mi altura en el escritorio—. ¿Es un acosador?

Cerré los ojos, tratando de no delatarme, pero tuve que salir corriendo hacia el baño porque fui incapaz. Notaba algo por dentro que se revolvía y me hacía arder.

La última vez que había recibido un mensaje de Eco había sido en Navidad, y ya habían pasado tres meses. Así que, sabía lo que iba a encontrarme al leer sus mensajes.

Por eso, apagué el móvil y contuve las ganas de tirarlo por el retrete de la oficina, porque no ganaba un sueldazo y no podía permitirme pagar otro.

Me eché a llorar con una furia que llevaba demasiado tiempo conteniendo. Lloré como cada vez que él se ponía en contacto conmigo. Lloré porque me hacía sentir la mujer más miserable de la tierra, y estaba en todo su derecho. Porque lo era. La más miserable del mundo.

No supe el tiempo que pasé encerrada lamentándome de lo mala persona que era, pero, al salir, Centella estaba en los tocadores, retocándose el maquillaje.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí? —Mi voz sonó tan lejana que me estremecí.

—El suficiente como para saber que tienes un problema —respondió tajante.

Me cogió por los hombros y se puso detrás de mí en el espejo. Mi reflejo tenía una pinta horrible y el rímel corrido por las mejillas no ayudaba. Me había manchado hasta el jersey.

—Oye... —mascullé, restregándome los ojos.

—No le voy a decir nada a mi padre, pero si es un acosador...

—No, no es un acosador —la tranquilicé.

—Vale. —Pese a todo pronóstico, se encogió de hombros, pasándome un algodón.

—No pensarás salir con esa pinta de loca, ¿verdad?

—La verdad es que ahora mismo me apetece más tirarme a las alcantarillas por el retrete.

—Buah, sí que te ha dado fuerte por ese chico.

—No, es un antiguo rollo. —Traté de salvar la situación.

—Uno insuperable, por lo que veo. —Enarcó una ceja, pasándome su carísima barra de rímel.

La cogí con delicadeza. En la vida me imaginé pintándome la cara con tanto dinero.

—Algo así.

—Pues para eso solo queda el tiempo. —Se lanzó un beso a su reflejo con los labios recién pintados de un rojo divino.

—Ya —coincidí. A mí el tiempo no me curaba, solo me hacía más daño. Mi herida seguía abierta, y supuraba.

—Pero es una mierda.

—Una gran mierda.

Por primera vez, sentí que Centella me comprendía de verdad.

—Venga, te voy a comprar un jersey monísimo para animarte. Pero ese, ni se te ocurra mancharlo de rímel barato, eh.

—Es que prefiero pagar el alquiler a comprarme un rímel caro.

—Y maquillaje, por lo visto. Como publicista tienes que predicar con el ejemplo. Tendrías mejor ánimo si le sacaras partido a esa

carita bonita. Mírate, tienes unos mofletes adorables que, con un buen colorete, podrías dejar monísimos.

—Lo siento, pero estoy en contra del Photoshop para adornar la realidad.

Centella se echó a reír y me asombré de que hubiera pillado la broma. Vaya, estaba madurando. Nunca era tarde.

—¿Qué haces esta noche?

—Ayudar a mis amigos a hacer velas aromáticas y cien por cien ecológicas.

—¿Velas ecológicas? —Hizo una pausa en la que creí escuchar los engranajes de su cerebro al pensar—. ¿Quién se dedica a eso?

—Pues una a la que la sobornan con comida y con una rebaja del alquiler.

Centella me miró con una mueca.

—Vivo con una adorable pareja de hippies que tienen una tienda artesanal en Portobello —le expliqué, terminando de retocarme el maquillaje de los ojos. Me limpié el cuello todo lo deprisa que pude y me recompuse, tomando aire.

—Si tuviera que compartir piso creo que me suicidaría —dijo, cerrando el pintalabios con fuerza.

—No puedo permitirme el suicidio, créeme. Eso también es caro.

Por segunda vez aquel día, Centella volvió a reír con una de mis bromas y me sentí integrante del club de la comedia.

—No creo. Solo tienes que pasar en rojo por cualquier avenida. Si lo haces, en Picadilly tienes la posibilidad de morir con glamur. Piénsalo. Saldrías en algún titular como: «Arrollada por un Jaguar».

Regresé a la mesa y, cuando terminé de contestar a todos los correos y de gestionar la audición de la siguiente semana, había pasado la hora de la comida y estábamos en el descanso de la tarde.

Miré la pantalla negra del móvil sintiendo el rugido de ballena propio de mi estómago hambriento.

Sabía que mi manera de afrontar los problemas era de una auténtica cobarde, y solo me apetecía comprar un cubo de tres kilos de helado y comérmelo en el sofá viendo comedia. Yo sola.

Con seguridad, a esas alturas del día, Polo me habría llamado cinco veces para asegurarse de que había comido y para cerciorarse de que llegaría a casa viva para ayudarla con las velas de soja. Seguramente me pediría que pasara a comprar colorante rojo. Siempre me pedía colorante rojo. Y el hecho de tener el móvil apagado me costaría, además del berrinche de hacía unas horas, otra bronca con ella.

Tenía la sangre fría y un carácter de cuidado, pero en el fondo me gustaba que fuera así, que se preocupara tanto por mí, de esa forma tan personal. Me recordaba a mi madre. Creo que, por eso, me anclaba tanto a su amistad.

—¡Mami, me han echado un montón de fotos! Con muchas coronas brillantes de princesa.

Noté cómo me tensaba sintiendo a una de las niñas del estudio correteando por el pasillo de mi espalda, en busca de su madre después de una sesión. Su voz aguda me delató una de esas edades en las que se caen los dientes y la mayoría de las niñas quieren ser hadas, princesas, astronautas o gatos. No pude evitar que se me empañara la vista al volver a recordar los mensajes sin leer de Eco, por lo que tuve que levantarme a cerrar la puerta, pero una bolsa de cartón rígido y un negro immaculado me lo impidió, justo antes de que decidiera encerrarme en mis oscuros pensamientos.

—Tu jersey —anunció Centella, empujando la puerta con el hombro.

—Gracias. —Pestañeeé sorprendida. Revisé el nombre que ponía en la bolsa y en vista de que no pude descifrarlo, Centella se regocijó de lo exclusivo que era.

—Tú tienes amigos que hacen velas y yo tengo amigos que diseñan alta costura.

Y se perdió por el pasillo de los niños, esquivándolos como si fueran ratas portadoras de la peste.

CAPÍTULO 2

—¿Has traído el colorante?

Levanté el brazo, mostrándole la bolsa con sus ansiados botes.

—¿De dónde siempre?

—No estoy para innovar en comercios de colorantes —contesté mordiéndome la lengua. Sentía fatiga hasta en el alma.

Polo se limpió las manos en el delantal de flores y corrió a por su tesoro. Cuando fue a quitármelo de las manos, se fijó en la bolsa de Tesco con helado de chocolate y en la del jersey caro, regalo de Centella.

—Apagas el móvil, compras tres kilos de helado y te gastas dos alquileres en ropa en solo unas horas. Dime —ladeó la cadera, señalándome con la cuchara de la cena—, ¿has ido a trabajar de verdad o llevas una doble vida?

—Puede. —Me encogí de hombros, aterida por el frío, y cansada de estar en la calle.

Dejé el helado en el congelador y el resto de las cosas sobre el sofá.

A la vuelta, no pude resistirme y tuve que olisquear la pasta que Polo estaba cociendo en la isleta de la cocina del piso. Esta me apartó con la cadera antes de que pudiera meter un dedo en la salsa de tomate.

—Lávate las manos. No me seas puerca.

—¡No me mates!

—Es que siempre te tengo que decir lo mismo, Siena.

Me eché a reír, metiendo las manos hasta los codos en el fregadero, y frotando con el lavavajillas verde hasta que lo llené todo de espuma.

—¿Qué? —Me miró sin entender.

—Que me he alegrado de escuchar mi nombre bien dicho.

—Y eso que no te gusta mi acento.

—Tú solo tienes acento cuando te cabreas. Te pones en plan Electra, con los ojos vueltos, mascullando en ese idioma tan raro y que tanto miedo da.

—Vaya, gracias. Ya tengo disfraz para el próximo carnaval. — Tapó la olla después de removerla y se quitó el delantal, llevando los últimos materiales a la mesa de trabajo. En realidad, era la mesa que los caseros tenían en el comedor y que jamás en la vida habíamos usado para servir comida.

En ella me obligaban a trabajar en jabones, velas, cremas y toda clase de cosmética natural. Incluso cosas que jamás habría pensado que dos personas pudieran hacer con sus propias manos.

Normalmente me encargaba del *packaging*, por eso de trabajar en publicidad y haberme graduado en Marketing. Pero, últimamente, con la subida del alquiler, les ayudaba con cualquier cosa. No era exquisita, aunque lo del colorante no estaba pagado.

Comíamos en el sofá o tirados en la alfombra, a un metro de distancia de la mesa y a dos de la isla.

—¿Me dejas darme una ducha antes de empezar?

—Claro, pero antes pruébate el modelito que te has comprado.

—¿Crees en serio que me lo he comprado yo?

—A no ser que te prostituyas en secreto, no, la verdad.

Colocó el mantel en la mesa de café junto al sofá y se cruzó de brazos.

—Me lo ha regalado la hija de mi jefe.

—¿La que no da un palo al agua?

—Esa.

—¿Y a qué se ha debido tal acto de bondad?

Le señalé la mancha de rímel de tres libras que tenía por el cuello de mi jersey beige.

Polo asintió, comprendiendo.

—Estás rodeada de almas caritativas, amiga. Venga, a ver qué te ha comprado. Enséñamelo. —Tiró de mi ropa hasta que consiguió sacarme la blusa y todo por la cabeza.

—¡Checa loca!

—Oh, venga, te he visto borracha y vomitando, ¿crees que voy a asustarme?

Saqué la prenda de la bolsa con un cuidado reverencial. Era de una tela tan suave que resbalaba; de pelo corto y suave. Tan blanco que hacía daño a los ojos. Del cuello pendían perlas y cristales que lanzaban destellos por las paredes de todo el estudio, incluso sobre las pupilas dilatadas de Polo.

—Por la expresión de tu cara deduzco que te gusta.

—¿A ti, no? No tengo problema en cambiártelo por una de mis sudaderas del mercado —propuso, a lo que yo me negué estrechando la prenda brillante contra mi pecho.

—Esto vale más que el apartamento entero —alegré—. Se queda conmigo, lo siento.

—Guárdalo bajo llave —me advertió.

—No me lo vayas a quitar.

—Te pasas el día fuera. Nunca lo sabrías. —Y se marchó hacia su cuarto luciendo una sonrisa diabólica.

Fui a mi habitación y me tiré en la cama con el móvil en la mano. Lo dejé a mi lado sobre la almohada, tentada de encenderlo.

Resolví que, para poder enfrentarme a eso, necesitaría unas cuantas copas de vino y encerrarme en el baño durante horas. Así que, bufé, recogí ropa limpia y apta para mancharse de cera y salsa de tomate, y me encerré en el baño con uno de los jabones naturales de Polo.

Cuando salí, mis dos compañeros de piso me saludaron desde el sofá con sus boles de pasta en las manos.

Saludé a Paul, siempre sonriente tras sus gafas de pasta rectangulares, y me dejé caer en el suelo, entre los dos, apartando un poco la mesa.

Polo me tendió mi comida. Llevaba su larga melena rubia recogida en lo alto de la cabeza con una pinza marrón.

—No tiene albahaca. La que compraste el sábado no era ecológica.

—Pero me costó una pasta —protesté, hincando el tenedor en las espirales salpicadas de tomate con queso rallado.

Comimos en silencio, hablando de lo mal que vestían los presentadores de Factor X, y peor aún, tragándonos medio programa con el plato de carbohidratos. Lo que vino después fue agotador.

Lo que más me gustaba de Londres sin duda, era su cielo gris, perdido en un limbo que ni precede a la calma ni a la tempestad más estresante. Su luz indirecta, su color ceniciento, pero a la vez, con tanta vida que lo llenaba todo. Bajo esa luz gris, Londres amanecía y anochecía precioso. Los colores se apreciaban más vivos que en ningún otro lugar, como si paseando por sus calles llevaras puestas unas gafas permanentes que te permitían verlo todo con nitidez y en alta definición. El verde explotando en cada esquina, en cada grieta. Las luces más brillantes y los rojos más vivos.

Y la diversidad. Tanta diversidad de gentes y de personas diferentes poblando un lugar único del mundo.

Como siempre, los miré embelesada.

La familia de Paul, como me explicó al conocerlo, era descendiente de África, aunque él no conocía a nadie de su familia que hubiera puesto un pie allí. Era mestizo con sangre escocesa y jamás se dejaba el pelo largo, ni barba, o algo por el estilo. Decía que desentonaba con sus facciones exóticas y eso era algo de lo que le encantaba presumir, y de sus ojos azules.

Por otro lado, Apolonia era alta, rubia de mechas platino con ojos marrones, descendiente de checos. Con seguridad, los menos graciosos de toda Praga.

Siempre que hacíamos descansos y poníamos música country sirviendo vino blanco barato, con el que al día siguiente nos dolía la cabeza, los observaba bailar pegados.

Jamás me cansaba de sus sonrisas, de sus abrazos, y de la fascinación que parecían sentir el uno por el otro. Encima, me sacaban una cabeza. Lo que significaba que me acostaría con dolor de cuello, además del dolor de cabeza por el vino.

—Como vuelva a escuchar otra vez a Taylor Swift te juro que tiro el altavoz por la ventana.

—¿Esa agresividad?

—Apolonia —comencé tratando de mantener la calma, pero me lloraban los ojos del cansancio—, son las dos de la mañana. Nos quedan veinte velas y me levanto en cuatro horas.

—Tira a dormir, anda. Ya terminamos nosotros —propuso entonces Paul, con una de sus amables sonrisas.

—No, no.

—Tiene razón. Nosotros tardamos diez minutos en abrir la tienda. Tú tardas casi cuarenta minutos en llegar al trabajo. Acuéstate.

Brindamos con la última copa antes de irme a dormir.

CAPÍTULO 3

El cielo era gris, pero no triste.

Sentí que, a través del paraguas, se colaron un par de gotas de lluvia que me cayeron sobre la cabeza, por lo que maldije a la suerte por haberme regalado tal desdicha justo el día en el que me disponía a comprar más vino barato y a encerrarme en el baño a llorar viendo los mensajes de Eco.

En el fondo, estaba tan impaciente, que no había podido pegar ojo en la poca noche que me quedó, después de aceptar más copas y terminar de hacer las velas.

Esta vez sí que me desvié a por café, y no, no había olvidado la comida en casa.

Polo me había preparado el bolso aquella mañana y el peso me estaba destrozando el hombro.

Acabé el café por el camino pese a que ardía como el infierno. El frío me ayudó en la tarea, y el hecho de que no pudiera permitirme llevar cafés para todos.

Los martes no había tantos correos como después de un fin de semana, pero, aun así, la bandeja de entrada estaba llena a rebosar de peticiones, dudas, citas sin confirmar, proveedores cabreados e informes de facturación pendientes que ni siquiera sabía si me competían.

Me extrañó que Centella no me molestara de buena mañana tras el día anterior, por lo que, al verla aparecer con otro de sus

modelitos perfectos, me arrancó media sonrisa. Hasta que me fijé en que tenía unas profundas ojeras marcadas a juego con las mías.

—Vaya, alguien no ha dormido bien.

Dejó caer las gafas de sol sobre sus ojos, lanzando un bufido cabreado. La felicidad se le había desvanecido de un plumazo. Parecía que la habían empujado de su nube a la tierra.

—Creo que tengo el novio más irritante de la historia —resopló y, como cada día, se dejó caer en la silla delante de la mía, en la mesa del despacho.

—¿Y eso? —me obligué a preguntar, aunque no me interesara lo más mínimo.

—Quiere mudarse —masculló enfurruñada—. Pero nada de matrimonio, ¿sabes?

—Lo del matrimonio está algo pasado de moda.

—Para mí no lo está. Yo quiero casarme. Tener una gran boda. Gastarme mucha pasta en mi vestido, en la decoración, en la tarta... ¡En los zapatos! Unos zapatos azules... ¡Espectaculares!

»Ya sabes, por eso de llevar algo azul en tu boda. Por lo de que representa la fidelidad del matrimonio y el amor...

Me mordí el labio para no echarme a reír y destrozarle los sentimientos. Era tan superficial aquella mujer que conseguía desconcertar con su ingenuidad.

—Y a tu novio no le interesa gastarse la pasta —deduje.

—¡Ni siquiera sería su pasta! Mi padre lo pagaría, pero es tan machito que dice que, para ser felices, no nos hace falta demostrar que nos queremos delante de todos.

Asentí, dándole la razón al muchacho.

—¿Estás de su parte? No me lo puedo creer.

—A ver, siempre se puede llegar a un acuerdo, digo yo. Tanto el matrimonio como una relación es cosa de dos.

—¿Qué acuerdo? Estamos en una relación, y las relaciones exitosas terminan en boda.

—O en divorcio —añadí.

Enseguida sus pupilas se afilaron y me entraron escalofríos por todo el cuerpo.

—¿Crees que por eso no quiere casarse conmigo? ¿Puede pensar que terminaríamos divorciándonos? —Se llevó las manos a la cara y como yo, la mañana anterior, se pilló tal berrinche que ni siquiera el rímel de setenta libras pudo soportarlo.

Corrí a cerrar la puerta para que nadie viera a la estirada Centella derrumbándose por lo que, inconscientemente, acababa de decirle.

Me sentí tan mal que traté de arreglarlo por todos los medios, pero no hubo manera.

—Yo quería tener hijos —sollozó, ahogándose con sus propias lágrimas.

Aquello me retorció por dentro, y, sin poder explicarlo, me contagió el malestar. Los ojos se me llenaron de lágrimas.

Centella se me quedó mirando desconcertada. Al parecer, verme mal, la hizo sentirse mejor.

—Venga, Sani, tú eres más joven que yo. Todavía tienes tiempo de encontrar a alguien y tener bebés. En cambio, yo me estoy haciendo vieja a la velocidad del rayo. ¡Hasta he engordado una talla!

Su manera de consolar no era la mejor del mundo, pero se lo agradecí dándole un abrazo.

El gesto nos desconcertó a las dos de tal manera que dejamos de llorar y nos sentamos en nuestras sillas, de vuelta al silencio.

—No sé qué hacer —resopló abatida.

—Supongo que hablarlo.

—No estoy segura de querer hablarlo más. No es la primera vez que discutimos por esto. Encima, no me hace gracia dejar Londres. Yo quería comprar una casita adorable en Chelsea, tener un aparcacoches simpático que saludara a los niños al llegar del colegio, y tener un perro pequeño. Pero él no quiere nada de eso. Quiere seguir viviendo en un piso de cincuenta metros cuadrados, de hormigón prensado. Quiere ver la ciudad desde un rascacielos

de cristal. Quiere viajar sin parar. Irse a vivir lejos... Yo quiero un jardín, y él ver las nubes.

—Si no estás dispuesta a seguirle, entonces es que vuestros caminos son distintos. —Aparté la mirada del ordenador justo cuando la visión de un trébol de tres hojas me invadió los pensamientos.

—A esa conclusión he llegado yo también —sollozó otra vez—, pero no estoy preparada para afrontarlo.

La abracé de nuevo, y esta vez me devolvió el gesto.

Poco después, se marchó al servicio para arreglarse el maquillaje, dejándome a solas con mi terrible mente llena de pensamientos negativos.

En momentos como aquel, odiaba quedarme sola por encima de todo, y eso que amaba la soledad hasta extremos inquietantes. Pero, en mi mente bullían imágenes de princesas, mensajes sin leer, alcohol, lágrimas y más lágrimas.

Cuando me sequé por tercera vez los ojos con un pañuelo, me di cuenta de que había vuelto a mi rímel de tres libras, y que no podía seguir así. Ni llorando tanto, ni comprando maquillaje barato. Parecería un mapache.

Cogí el móvil para apuntarlo en la lista de la compra, pero entonces me topé con la pantalla negra, y recordé que llevaba un día entero apagado.

Lo devolví al bolso, sintiendo que volvía a desinflarme.



En todo el día no fui capaz de quitarme la imagen que recordaba grabada en ese trozo de muñeca. Un perfecto trébol negro de tres hojas que tanto me había intrigado. Ni siquiera era capaz de recordar la cara del chico del metro. Solo su tatuaje en tinta negra.

Me pregunté si volvería a cruzármelo en algún momento. Si también vivía en Notting Hill o si volvería a ver su muñeca abrazada de la barra del metro.

Esta vez no olvidé almorzar.

Apolonia me llamó desde la tienda al despacho para recordármelo.

—Vale, esta noche te digo lo que me han parecido tus *noodles* vegetarianos con calabacín, no te preocupes.

—El *feedback* es muy necesario para el aprendizaje, ya sabes —dijo, disimulando una carcajada—. Las velas están siendo todo un éxito, por cierto —me informó—. Tu campaña de marketing ha dado resultado. No quiero ni imaginarme cómo se venderán el sábado.

—Te lo dije —mascullé con la boca llena de fideos—. Oh, Dios mío...

—Están buenos, ¿eh?

—Oh, Dios mío —volví a exclamar, evidenciando lo evidente.

—¿Estás teniendo un orgasmo o qué?

Apareciendo de la nada, Centella me hizo escupir los fideos sobre la mesa. Colgué el teléfono todo lo rápido que pude y me dispuse a limpiar el desastre.

Por suerte, no había manchado el nuevo dossier que tenía que revisar. Noté las pulsaciones por el pánico golpeándome el cuello.

—No era un orgasmo, pero tú me has provocado un maldito infarto —protesté.

—Lo he dejado —dijo, dirigiéndose hacia la ventana—. Soy una treintañera solterona, y nunca viviré en una casa de Chelsea con jardín. —Hizo un mohín con los labios que se reflejó en el cristal. Después corrió la cortina, tapando el precioso paisaje de los barcos cruzando el Támesis frente al glorioso London Eye—. No me gusta ver la lluvia —se disculpó—. Me estresa la piel.

—Vaya, lo siento —intenté solidarizarme con ella—. Siempre puedes irte sola a Chelsea —propuse, tratando de distraerla.

—Sería muy triste —adujo—. Una fantasía incompleta.

—Centella, eres joven...

—Qué va.

—¡Pero si tienes treinta años! No digas payasadas.

Apretó los brazos sobre el cuerpo, hinchando los carrillos de la boca como una cría enrabiada. Temí por mi integridad durante unos momentos, pero solo dijo:

—Necesito emborracharme. —Y me lanzó una mirada que me hizo temblar porque sabía lo que significaba: compartiríamos noche de depresión.

CAPÍTULO 4

Tiré el paraguas nada más salir de la oficina, cansada de hacer acrobacias intentando que no se me mojara el pelo. Tuve que refugiarme al otro lado de la calle, alejándome todo lo posible del frío del río y de los goteantes árboles, bailando bajo las cornisas de los edificios.

Esquivé a tanta gente que le echaba fotos al Big Ben, que me replanteé coger un taxi hasta casa, pero luego recordé la distancia y lo que me costaría el paseo, así que tuve que resignarme a colarme como pude entre la marabunta que corría hacia la boca del metro.

Al pasar, con una mueca, me despedí mentalmente de las tiendecitas de comida rápida donde bien me podría haber dejado caer, y de las que podría llevarme mi vino a mi necesitada noche de drama. Aunque se me privara de ello, me consoló la idea de poder emborracharme con mi nueva compañera de desgracias, la cual me había suplicado por activa y por pasiva que la acompañara a uno de esos bares en los que solo te dejan entrar con tacones altos, y no precisamente con maquillaje barato.

Un extranjero me paró para pedirme indicaciones en un idioma que no entendí. Pese a esa barrera de comunicación, mi carácter altruista tomó el control de la situación y lo llevé junto a uno de los controladores del metro para que me relevara en la tarea.

Mi colega, el músico callejero, con su guitarra al hombro y una nueva gorra con el ojo de Londres bordada en la tela de color rojo, me saludó con un levantamiento de cejas singular, al que le correspondí con una carcajada. Nos sentamos el uno frente al otro, como cuando, por fortuna, encontrábamos asientos libres, y cerré los ojos un momento, tratando de desconectar.

El ritmo de aquella ciudad era errático y frenético. Tenía suerte de ser una persona nerviosa, porque no todo el mundo puede soportar tanto ajetreo. Como el cielo y la diversidad, adoraba la forma en la que podía evadirme en mitad de aquel hermoso caos con solo mirar a través de las ventanas del vagón, atravesando los túneles de paredes pintadas; los anuncios luminosos y escuchando las conversaciones telefónicas entonadas a gritos. Parar un segundo, dejar la mente en blanco unos minutos y respirar. No necesitaba más.

Hasta que abrí los ojos y el pulso se me disparó.

Lo vi subir en la siguiente parada. Como había sitios libres, se hizo hueco junto a mi amigo el guitarrista, que le sonrió cuando se dejó caer a su lado. Él le correspondió.

Noté esa inquietante sensación que me ardía por dentro, que me removía los recuerdos. Recuerdos alegres, pero también tristes. Muy tristes.

Se remangó los brazos de la chaqueta térmica y ahí lo encontré de nuevo, en uno de los laterales de su muñeca izquierda. Me llevé una mano al pecho de manera inconsciente. Entonces, me miró. Tenía los ojos oscuros como Polo, pero mucho más curiosos, chispeantes, con pestañas cortas.

Más oscuros.

Negros.

Se le formó un hoyuelo de seriedad en una de las mejillas al apretar la mandíbula. Carraspeó, desviando la mirada hacia otro lado, justo cuando las puertas volvieron a abrirse.

Se supone que una no tiene por qué sentirse mal cuando es rechazada por un extraño, pero justo tenía que ser ese... Me pregunté

qué le había molestado de mí. ¿Mi cara? No le quitaría la razón; las manchas de máscara de pestañas en realidad quitan atractivo.

Sonreí internamente, a lo que, por el rabillo del ojo, lo vi revolverse. Me miró de nuevo, lo que provocó que se me borrara la sonrisa estúpida de la cara. Eso me pasaba por reírme de mis propias críticas. No estaba bien de la cabeza, Apolonia tenía razón.

Cuando la robótica voz de mujer nos indicó que estábamos aproximándonos a la parada de Notting Hill Gate, me puse en pie con cuidado de no pisar a la señora de al lado, esquivé su carrito de la compra, agarrándome a la barra del lateral de las puertas.

Cuando la cabina se detuvo, un cuerpo chocó con el mío.

—Disculpa —dijo, haciéndome una mueca justo antes de dejarse caer en el andén.

Me quedé allí plantada mientras las puertas pitaban, viendo cómo se desvanecía justo en mi parada, túnel adentro.

Afortunadamente, mi colega de la guitarra le dio al botón de emergencia y me dio un suave empujón que me hizo, con un grito, caer de una pieza a tierra firme de nuevo. Sentí que caía desde una altura de veinte pisos.

Con una mano en el pecho y otra saludándolo, mientras le daba las gracias al salvador que me había librado de dar vueltas inútiles en el metro, comencé a alejarme de espaldas a la línea amarilla de seguridad. Algunas personas se detuvieron a mirarme, y entonces, me planteé muy seriamente ponerme una bolsa de basura en la cabeza para ocultarme del mundo.

Las calles de Portobello siempre estaban preciosas y, la mayoría de las veces, olían a maravillas.

Pasé por delante de varios puestos de patatas crujientes que me hicieron crujir el estómago, y otros tantos de pasteles jugaron con mi tentativa. Me regocijé de la belleza de los comercios, todos llenos de lucecitas blancas, de colores, flores y una extraña armonía que solo podía encontrarse en un rincón como aquel.

Tras de mí sonó la campanita que anunciaba nuevos clientes. El olor a lavanda y a fruta inundaba hasta el último rincón de la

tiendecita, reluciente desde el mostrador de madera neutra y cristal, hasta los escaparates y las estanterías llenas de velas y jabones.

—¡Vaya! ¿Cómo tú por aquí? —preguntó Polo, viniendo a recibirme.

—Resulta que conozco a los dueños. —Estiré la mano para inspeccionar uno de los tarritos de cera ecológica y se me iluminó la mirada al reconocerlo —: ¡Ostras! Esta la hice yo.

—Sí, la teníamos un poco escondida porque no tiene un corte limpio.

Hice una mueca de enfado y Apolonia se echó a reír.

—Todavía eres artesana en prácticas —se defendió.

—Unas prácticas muy duras —opiné, dejando la vela en su sitio y dándole la espalda.

—¿Te han dejado salir antes del trabajo?

—Sí —asentí. Paul, viniendo del pequeño almacén, me saludó con la barbilla. Le ayudé a dejar las cajas que llevaba sobre el mostrador—. Resulta que la hija de mi jefe...

—¿Centelleante? —rumió Polo, tratando de recordar el nombre.

—Centella —remarqué—. Lo ha dejado con su novio y le da palo contárselo a sus amigas ricas. Así que, me ha pedido muy formalmente que la acompañe esta noche para pillarse un coma etílico.

—¿Lo dices en serio? —Los ojos de Paul se desorbitaron tras los cristales de sus gafas de pasta.

—No. Lo del coma, no —bromeé, pero a ninguno de los dos pareció hacerles gracia.

—Yo no soporto hacer de niñera. —Polo abrió las cajas y comenzó a desembalar montones de productos diferentes que no tenía ni idea de para qué servían.

Me aparté para dejarla hacer, y Paul la ayudó.

—Eres mi niñera —le dije tan seria, que Paul lo corroboró.

—Es nuestra niñera. —Se unió a mí.

—Bueno, pero a vosotros os quiero. Me refiero a que no haría lo mismo por una petarda que me da la tabarra en el trabajo, ¿no? Esa tía ni siquiera sabe tu nombre.

—Me regaló un jersey de setecientas libras. —Me encogí de hombros, escuchando la exclamación ahogada de Polo.

—¿Setecientas...?

Asentí.

—Joder, con la niña de papá.

—Pero creo que tuvo un descuento o algo, porque me insinuó algo como que tenía amigos diseñadores y yo...

—Tú tienes amigos pobres —señaló Paul divertido, arrugando los labios.

—Muy pobres —corroboró Polo, desternillándose.

—Y felices por ser pobres.

—No —me corrigió Polo—. Felices siendo pobres, que es diferente.

—¿Y cuál es el plan? —quiso saber Paul.

—Quiere llevarme a un local del Soho.

—Madre mía...

—¿Qué?

—Cariño —Polo me cogió la cara entre las manos y me pellizcó los mofletes—, eres un caramelito para un sitio como ese.

—No soy un caramelito. —Retrocedí.

—Eres un caramelito —coincidió Paul—. Las chicas se te tirarán encima sin respetar la cola.

«Un momento. Un momento, un momento, un momento».

—¿Chicas? —Ambos me miraron parpadeando, como si no me hubiesen entendido—. ¿Por qué chicas?

—¿No te gustan las chicas?

Me atraganté con mi propia saliva, sufriendo un salvaje ataque de tos que me hizo ridiculizarme incluso más delante de mis amigos.

—Pensábamos que eras lesbiana —confesó Paul, haciéndome abrir la boca demasiado.

—No sé... En los dos años que llevas con nosotros no has tenido ni una sola cita. Nunca miras a los tíos cuando salimos. Pareces ignorarlos.

«Concienzudamente», pensé. Los esquivaba adrede, pero nunca había imaginado que eso me hiciera parecer homosexual.

Me tapé la boca con las manos para tapar el hipo que la risa me había provocado. Inútilmente, porque no pude dejar de desternillarme.

Polo y Paul se unieron a mí, y terminamos cerrando el local con lágrimas en los ojos y el descubrimiento de que no era lesbiana.

—Entonces, ya tengo que dejar de temer que mi novia me deje por ti —resopló Paul, dándome un codazo.

Polo nos echó los brazos por encima de los hombros y nos estrechó con fuerza contra ella.

—Eres demasiado especial como para dejarte, Paul —dijo. Le lanzó una mirada profunda, de esas que pueden hacer enloquecer a cualquiera, ya sea hombre o mujer, y añadió—: Eres mitad africano y mitad escocés. No encontraré otro hombre mejor para mí.

—Eso es cierto. No vas a encontrar a otro como yo.

—¿Y tú crees que encontrarías otra Apolonia?

—Vamos —vacilé—, tiene que haber Apolonias a patadas. El mundo es muy grande. Es como decir que no hay alienígenas en el espacio cuando ni siquiera conocemos nuestros océanos.

Apolonia me dio un bocado en una oreja, haciendo que me soltara de ella y corriera por la calle, agarrándome la parte dolorida.

—¡Estás loca!

—Me refería a que no hay otra como yo en el mundo. Claro que soy consciente de que mi nombre es muy popular —se carcajeó con ironía.

El chico la estrechó con una sonrisa divertida en sus labios, la giró en mitad de la calle y le plantó un beso en el momento justo que un par de turistas gritaban «cheers» levantando jarras de cerveza en una terracita decorada con guirnaldas de luces.

Saqué el móvil para echarles una enternecedora foto, y, de nuevo, volví a descender a la tierra de una manera brusca y cruel.

—Espero que te diviertas en el garito al que te lleve tu amiguita, pero, en serio, las mujeres ricas son todavía peores que las pobres.

—Que no me gustan las mujeres —le repetí a Polo, poniendo los ojos en blanco. Me lanzó sus llaves de casa y subí corriendo los escalones del edificio para llegar cuanto antes.

—Por si acaso —la escuché meditar en voz alta—. Además, si lo acaba de dejar con su novio, no entiendo lo de ir a un garito... diferente.

—Dice que sus amigos no la buscarán por ahí. Creo que tiene razón. Los heteros ricos están en otra zona de Londres.

—Hay muchos ricos homosexuales —intervino Paul. Dejó las gafas en la isleta de la cocina y sacó dos copas grandes del armario de la vajilla. Del frigorífico sacó la botella de espumoso de la noche anterior.

Retrocedí, observando discretamente cómo repartía lo que quedaba en la botella en las dos copas abrillantadas. Enarqué una ceja sugerente cuando me descubrió y, enseguida, se le tiñeron las mejillas.

—Pienso aprovechar si nos dejas solos. —Se encogió de hombros, chasqueando la lengua. Se desató el cuello de la camisa blanca, después los puños, y carraspeó con suavidad—: Diviértete.

—Tú también. —Reí.

Corrí de nuevo en dirección a mi cuarto para buscar algo decente que ponerme, pero, antes de poder siquiera pensar, mis manos volvieron a sacar el móvil apagado del bolso, dejándolo sobre la cama. Justo en el centro.

No podía seguir dejando pasar aquello. Ya era mayorcita. Tenía que agarrarme a los problemas y no esconderlos tras una pantalla sin vida.

Media hora más tarde, bajé los escalones tambaleándome en el par de tacones más lujosos que tenía; unas plataformas simples en color negro que podían salvarme del paso. Llevaba los vaqueros más estrechos y reservados, y, por supuesto, el regalo de Centella. Porque no tenía otra cosa que ponerme.

—Debo reconocer que estás guapa, Sana —me saludó Centella, abriéndome la puerta de su Mercedes negro.

Me llamó con la mano para que me sentara a su lado en la parte de atrás del vehículo, que tenía ruedas casi tan altas como mi cuerpo entero sin tacones. Nunca me había sentido tan acomplejada por mi altura hasta ese momento. Intimidada por un coche de alta gama.

Atravesamos las calles de comercios que ya llevaban algunas horas cerrados, observando cómo las luces cambiaban a través de los cristales tintados. Las parejas paseaban de la mano; otras incluso abrazadas bajo la temperatura descendente del Londres nocturno que, desde las cuatro y media de la tarde, iba extendiendo su sombra por todos los rincones.

Noté que, a mi lado, el ánimo de Centella no hacía más que decaer, así que me pegué a ella luchando contra la incomodidad.

Le di un golpecito en el hombro, y me respondió con una sonrisa triste.

—Nunca viviré en Chelsea ni tendré jardín —se lamentó por doceava vez aquel día.

El garito resplandecía por dentro al igual que por fuera, con su enorme cartel de neón y lentejuelas de colores.

Ni siquiera tuve tiempo de leer el nombre cuando Centella me empujó al interior.

Chocamos con cuerpos altos, a los que solo les llegaba por los hombros.

Un segurata con corbata morada y los ojos mejor perfilados que los míos, la saludó con un abrazo y nos llevó a una barra apartada del barullo.

—Es solo un conocido —me aseguró como si necesitara justificarse, a lo que yo asentí—. ¿Qué bebes? —preguntó, guiñando el ojo a una de las camareras, que vestían con la misma corbata morada que los seguratas. Contrastaba con su blusa blanca hasta por encima de las rodillas.

Tuve que asomarme por encima de la barra para cerciorarme de que de verdad no llevaba nada más. Me sorprendió que me maravillaran las botas altas y aquella combinación que jamás me pondría.

—Soy de cerveza, pero no sé si aquí...

Centella me hizo un gesto de silencio con el dedo índice sobre los labios y le susurró al oído a la camarera.

Las dos compartieron una sonrisa cómplice y se rieron por lo bajo, disimulando ante el estruendo de la música, que parecía tronar.

Dos horas después, no se susurraban precisamente.

Demasiado sorprendida como para reaccionar o hacer otra cosa que no fuera beber, contemplándolas con los ojos como platos, miré la hora en el iPhone de Centella, que había olvidado sobre la barra.

Al parecer, sus intenciones esta noche estaban bastante claras.

Cuando al fin se soltaron, la chica de las botas de infarto volvió tras la barra, dejando a mi compañera tambaleante.

De golpe, reparó en mí, como si se hubiera olvidado de mi existencia, y se echó a llorar a mi lado, lanzándose sobre mis rodillas.